

Identidad y estigma entre los jóvenes



Las diferencias o semejanzas entre las personas y sus grupos se basan en los numerosos y diversos aspectos que portan, como la edad, el sexo, la clase, el fenotipo, la religión, la lengua, la salud, la ocupación, la etnia o la nacionalidad. En el caso de los individuos que se agrupan en el sector denominado de los jóvenes, se ha tomado a la edad como el elemento distintivo principal para su configuración. Así, en nuestro país se considera que dicho sector está compuesto por todas aquellas personas que cuentan entre 12 y 29 años.¹ Sin duda, la ampliación de la etapa de la juventud está ligada al vertiginoso aumento que se ha alcanzado en la esperanza de vida al nacer, que ha pasado de 30 años a principios del siglo XX, a alrededor de 77 años al inicio del siglo XXI.² No obstante, debido a la transición demográfica que está experimentando el país, su población muestra una clara tendencia a envejecer, pues en el censo del año 2000 se contabilizó la presencia de 33.6 millones de jóvenes, que representaban 34.5% de la población total, pero en el conteo del año 2005, aunque en números absolutos se incrementó a 33.7 millones, en números relativos su proporción dismi-

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

¹ "Ley del Instituto Nacional de la Juventud", en *Diario Oficial de la Federación*, 6 de enero de 1999, última reforma del 22 de junio de 2006.

² Cfr. Índices de desarrollo humano, México, Conapo, 2000, en línea: [http://www.conapo.gob.mx/publicaciones/indicesoc/IDH2000/dh_Indices.pdf].

Cuadro 1

Población de 12 a 29 años en la República Mexicana

Año	2000		2005	
Edad	Monto	Porcentaje	Monto	Porcentaje
12 a 14	6 392 415	6.56	6 597 968	6.39
15 a 19	9 992 135	10.25	10 109 021	9.79
20 a 24	9 071 134	9.31	8 964 629	8.68
25 a 29	8 157 743	8.37	8 103 358	7.85
Total (12-29 años)	33 613 427	34.48	33 776 981	32.71
Población total	97 486 412		103 263 388	

Fuente: INEGI, *Censo General de Población y Vivienda 2000*, Aguascalientes, 2005; INEGI, *Conteo de Población y Vivienda 2005*, Aguascalientes, 2008.

nuyó al 32.7%. En cualquier caso, cuando hoy se habla de los jóvenes se está haciendo referencia a un tercio del total de la población mexicana (véase el cuadro 1).

A pesar de que los jóvenes comparten un mismo rango de edad, en el momento en que se pretende proceder a su descripción dicha característica resulta siempre insuficiente, ya que la diversidad en la que ellos se conducen dentro de la sociedad actual lleva al estudio a la necesidad de hablar de una variedad de formas en que descubre que se puede vivir hoy la etapa de la juventud. Por lo que es necesario atender a los particulares elementos que ellos portan, para así hablar de subgrupos con perfiles propios que forman lo que algunos investigadores han denominado “subculturas”, “tribus urbanas”, “bandas juveniles”, “culturas juveniles” o simplemente “identidades juveniles”,³ en las que priva siempre la heterogeneidad y la particularidad sobre la supuesta homogeneidad de todos los sujetos que conforman el grupo de iguales. Así, la edad es una marca de selección que trasciende a los individuos y a sus grupos, pero al mismo tiempo es el periodo de la vida que les permite la edificación de su identidad particular y de su proyecto de vida.

³ Mariana Chaves, “Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea”, en *Última Década*, Valparaíso, CIDPA, núm. 23, diciembre 2005, pp. 9-32.

Características de los jóvenes

Cuando se describe a los jóvenes, es común que se inicie por señalar que ya no son niños pero aún no son adultos, lo cual permite que se les pueda ver desde distintas perspectivas: la de la inseguridad que muestran en sí mismos, la promesa de lo que llegarán a ser en el futuro o como personas que están en un estado de transición entre los dos extremos de la vida (la infancia y la adultez). Por lo tanto, se les define como seres incompletos, rebeldes, improductivos, desinteresados, volubles, irresponsables, violentos o en permanente crisis. Por otro lado y al mismo tiempo se pugna por la “juvenilización”⁴ de la sociedad, por medio de la cual se busca que todos sus sectores se apropien de los rasgos simbólicos de lo que en la sociedad de consumo se considera como “lo joven”, concepto que siempre se relaciona con lo dinámico, lo moderno, lo actual, lo vital, lo bello, lo auténtico y verdadero. Los jóvenes como sempiternos consumidores y los consumidores como sempiternos jóvenes, son el ideal que se ofrece a todo individuo para constituirse como “una buena persona” en la sociedad globalizada, sin importar su edad.

El estado de transformación en que se coloca a los jóvenes hace necesario el análisis de la ocupación, como otra de las características que se debe utilizar para agrupar y describir a los individuos que transitan por el periodo de la juventud. Se les considera no productivos, pues lo que se espera de ellos es que se apliquen en su capacitación por medio del sistema escolar, para que en el futuro puedan tener una actividad productiva; por lo tanto, desde esta perspectiva se considera que ser joven es sinónimo de estar sujeto a las labores que le impone el sistema escolar, al tiempo que dependen económicamente de su familia para lograr tanto su subsistencia como su permanencia en la escuela, pues su papel tiene un gran significado para el futuro de la sociedad.⁵

El estado de transformación en que se coloca a los jóvenes hace necesario el análisis de la ocupación, como otra de las características que se debe utilizar para agrupar y describir a los individuos que transitan por el periodo de la juventud. Se les considera no productivos, pues lo que se espera de ellos es que se apliquen en su capacitación por medio del sistema escolar, para que en el futuro puedan tener una actividad productiva; por lo tanto, desde esta perspectiva se considera que ser joven es sinónimo de estar sujeto a las labores que le impone el sistema escolar, al tiempo que dependen económicamente de su familia para lograr tanto su subsistencia como su permanencia en la escuela, pues su papel tiene un gran significado para el futuro de la sociedad.⁵

⁴ José Miguel Marinas, “La cultura de las edades, linaje, trabajo y consumo”, en *Educación un horizonte*, México, IIA-UNAM, 1977, pp. 49-62.

⁵ Iñigo Aguilar y Sara Molinari, *Adolescencia, identidad y cultura. El caso de la ciudad de México*, México, INAH (Científica), 2008.

Sin embargo, no todos los jóvenes pueden disfrutar de dicha posición, ya que el modelo económico puesto en práctica en nuestro país ha incrementado la distancia entre ricos y pobres, acentuándose con ello la problemática de la exclusión social, lo que ocasiona que las respuestas de los jóvenes, al tratar de sobrevivir —muchas veces sin contar con el apoyo ni de su familia, ni de una preparación escolarizada, ni de un trabajo— sean estigmatizadas⁶ por el resto de los individuos, pues no se ajustan ya a lo que en las representaciones sociales⁷ se considera como ser joven.

Además el capitalismo neoliberal actual promueve una visión de la sociedad en donde se pone énfasis en la autonomía del individuo en relación con sus diversas comunidades o grupos de pertenencia, como sus pares, su familia o los círculos sociales recreativos, religiosos o políticos. Sin embargo los jóvenes, tanto los urbanos y rurales como los indígenas,⁸ muestran una clara tendencia a formar con otros jóvenes identidades colectivas, que tienen como principales signos distintivos compartir espacios sociales, indumentaria, actividades, lenguaje, gustos y estigmas, pues no siempre se conforman en su actuar con los valores y actividades que idealmente, en nuestra sociedad, se esperan de todo joven.

No obstante la heterogeneidad del universo juvenil, cualquier individuo de la sociedad percibe y puede identificar a quienes son jóvenes y asimismo los aspectos de su identidad que son estigmatizados. Por ejemplo: la desobediencia y el alejamiento de la familia, la indumentaria, la afición por el alcohol y las drogas, el lenguaje, el tipo de música que disfrutaban y el gusto de integrarse a un grupo juvenil, que en no pocas ocasiones se convierte en el más importante espacio social en el que transcurre su vida.

⁶ Erving Goffman, *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

⁷ Gilberto Giménez, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, México, Conaculta/ITESO, 2007, pp. 46-49.

⁸ Maya Lorena Pérez Ruiz, *Jóvenes indígenas y globalización en América Latina*, México, INAH (Científica), 2008.



De manera ideal, la producción social de la juventud debe girar en nuestra cultura en torno a tres instituciones: familia, escuela y empresa. Sin embargo, en las clases populares el grupo de jóvenes se presenta como alternativa de socialización ante la incapacidad de dichas instituciones sociales, que anteriormente aportaban de manera indiscutible las bases para la determinación de la opción de vida de amplios sectores juveniles de la sociedad.

La marginalidad

Uno de los resultados de la marginalidad, que siempre se presenta en diferentes grados para el joven en la familia, en la escuela y en el acceso al empleo, es la aparición de grupos, bandas o tribus juveniles. No son sólo las instituciones tradicionales las que dan el marco legal a sus relaciones sociales y que con su ausencia debilitan el control normal de la conducta social de los jóvenes. Así, para un grupo cada vez mayor de ellos la calle completa hoy su socialización y la institución que los acoge es la banda.

Un caso extremo de marginalidad se encuentra entre los jóvenes que desde niños han estado en situación de calle. Son personas que desde la infancia han sufrido una ruptura significativa de los lazos familiares, por lo que no han concluido la instrucción escolar básica, viven en los espacios públicos de la ciudad, la mayoría consumen sustancias tóxicas de manera cotidiana y se dedican a subsistir por medio de la mendicidad. De hecho se trasladan portando bolsas de plástico o



mochilas viejas en las que guardan todas sus pertenencias, como es la ropa de cambio, las fotografías de sus familiares o amigos, los documentos personales, como el acta de nacimiento y algunas libretas y hojas en las que escriben tanto lo que les sucede o sienten como las direcciones y teléfonos de personas e instituciones que les pueden proporcionar alguna ayuda. Ante el entrevistador su voz denota inseguridad y su volumen es bajo, siguen la conversación de manera incoherente y difícilmente sostienen la mirada cuando se les habla de frente.⁹ Sus redes sociales están constituidas sólo por los jóvenes y niños que presentan sus mismas carencias, por lo que su vida transcurre en condiciones extremas de exclusión y de grave desventaja social.¹⁰

Este artículo estudia a los jóvenes que no están en situación de marginalidad extrema —como la de los muchachos que han vivido desde su infancia en situación de calle— sino a aquellos que han contado por más tiempo con el apoyo de su familia, han cursado más años en la escuela y en no pocos casos tienen la posibilidad de desempeñar una actividad remunerada, ya sea en el ámbito formal o informal de la economía. Sin embargo, debido a sus pocas posibilidades de seguir estudiando o de encontrar un trabajo bien pagado, cada vez resulta más difícil que puedan prever su vida a largo plazo; es decir, no les es factible por su situación

marginal proponerse un proyecto de vida. En consecuencia, ahora existen más jóvenes que están dispuestos a aceptar situaciones de riesgo como la mejor manera de allegarse de recursos; al no tener nada que perder están dispuestos a arriesgarlo todo en las ganancias inmediatas logradas con el menor esfuerzo, lo que los lleva al problema de la delincuencia en general y de las drogas en particular, con una alarmante y creciente presencia de jóvenes involucrados en este amplio y diverso campo delictivo. Lo anterior cierra el círculo vicioso

que los estigmatiza: como no tienen acceso a la movilidad social que debieran proporcionarles las instituciones, algunos se arriesgan en actividades delictivas, por lo que ser hoy un joven marginado implica también cargar en las representaciones sociales con el estigma de delincuente.

Por su parte, los jóvenes de las clases acomodadas que no están marginados y cuentan con las opciones para construir su vida que les proporcionan las instituciones sociales, no caen tan fácilmente en dichas situaciones de riesgo gracias al ascenso social que tales instituciones les ofrecen y además no necesitan formar el mismo tipo de grupos o tribus en las que se congregan los que sí están marginados.

Sin duda, un amplio sector de la juventud se descubre hoy huérfano de las instituciones que antes les proporcionaban las opciones de acceso a la movilidad social, con base en las cuales podían tomar sus decisiones vitales. Inclusive los muchachos que han concluido una carrera universitaria se encuentran en no pocas ocasiones sin la posibilidad de tener acceso a un trabajo acorde con su preparación académica. Como huérfanos institucionales, a muchos sólo les queda el recurso de mantenerse en el ámbito de la familia de procreación,¹¹ pero son cada vez más numerosos los que no pueden contar ni con familia, ni con escuela, ni con trabajo.

Ante las tendencias que pugnan por la homogeneización y la globalización de la cultura generacional y

⁹ Para la realización de las entrevistas a jóvenes en situación de calle conté con la colaboración de la estudiante de Trabajo Social de la UNAM, Luz Hernández Abrego, en septiembre de 2008.

¹⁰ Víctor Inzúa Canales, “La pobreza y el menor marginado en el Distrito Federal”, en *Trabajo Social. Niños de la calle*, México, ENTS-UNAM, núm. 15, diciembre 2006, pp. 22-27.

¹¹ Iñigo Aguilar y Sara Molinari, *La familia urbana. Continuidad y cambio sociocultural*, México, INAH (Científica), 2008, pp. 37-40 y 170.



que las centran en la vida familiar, en la preparación para la vida de adulto en la escuela y en lograr la subsistencia en el empleo, los jóvenes mismos expresan diversas tendencias que se manifiestan en un esfuerzo por hacer que prevalezcan la diversidad de respuestas culturales que como generación portan en la calle, en la banda y en las redes de apoyo.

De esta manera, los individuos —y los grupos en los que buscan identidad, modelos y caminos para sobre llevar la exclusión— son motivo de que se les estigmatice y de que se justifique la represión y la violencia a las que, en muchos casos, se les somete.

Familia y grupo de edad

En este estudio se analizarán los elementos particulares y la relación que dos conjuntos diferentes de jóvenes mantienen con su familia y con los miembros de su grupo de edad. En el primero se incluirá a quienes pertenecen a una banda o tribu juvenil y en el segundo a los que se dedican a estudiar.

Se entrevistaron a 30 jóvenes pertenecientes a una banda; las edades de los consultados fluctúa entre los 13 y los 20 años y de ellos 21 son hombres y 9 mujeres.¹² El tiempo que tienen los interrogados en la tribu varía de entre uno y tres años. Pertenecen a los grupos denominados como *emos*, *cholos* y *darketos*. Llama la atención que algunos mostraron que su identidad está en construcción, pues manifestaron que no pertenecen a la banda, sino que sólo les gusta la manera en que se visten y por ello los imitan, pero a la vez dijeron que cuentan con amigos que sí pertenecen al grupo.

En un principio se propuso llevar a cabo las entrevistas en el Centro Histórico de la ciudad de México, pero como es un lugar de paso para los jóvenes identificados como miembros de algún grupo no accedieron a ser interrogados, y al pedirles que señalaran la tribu a la que pertenecían, respondieron que a ninguna, a pesar de llevar el atuendo característico del grupo; por lo que hubo que preguntarles de qué banda era propia la

forma en que estaban vestidos. Sin embargo, sus actitudes fueron de evasión y de molestia, por lo que a pesar del esfuerzo por dar inicio a una conversación que permitiera la entrevista no fue posible hacerlo. Así, el diálogo tuvo que llevarse a cabo en sus lugares de reunión (el mercado del Chopo los sábados por la mañana, o en la glorieta de Insurgentes a la salida de la estación del metro). Sin embargo no fue fácil obtener las entrevistas, por ejemplo los *emos* se mostraron tímidos, renuentes a contestar y en ningún momento miraron a los ojos del entrevistador; los *darketos* fueron más difíciles, se manifestaron agresivos y hablaban de manera muy golpeada, parece que su forma de relacionarse y a la vez de defenderse consiste en mostrarse fuertes y violentos, en cambio los *cholos* se presentaron más abiertos, sonrientes y no se sintieron intimidados durante la entrevista.

En la mayoría de los casos expresaron que forman parte del grupo porque les agrada la ropa que caracteriza a la banda a la que pertenecen; también les atrae la compañía de sus amigos porque con ellos participan en las fiestas y pueden hacer las cosas que les gustan sin que nadie los esté reprimiendo. Pertenecer al grupo los hace sentir comprendidos y apoyados por sus compañeros. Consideran que su tribu es superior a las demás y que la gente los ve con miedo y con respeto, sobre todo cuando están todos juntos.

Se quejan de que muchas veces son mal vistos, pero afirman que su forma de comportamiento no tiene nada que ver con los mitos que hay sobre ellos y de lo que se habla acerca de que practican ritos satánicos, así que consideran que sólo son mal juzgados por su apariencia.

Sienten que las personas los ven con rechazo cuando andan por la calle, en especial advierten el repudio de los adultos, quienes los miran como vándalos o delincuentes, por lo que les temen y no se les acercan. En otros casos los consideran como jóvenes sucios y mal vestidos. Los *emos* se quejan de que se les relaciona con los homosexuales y son a menudo agredidos por ello. Es claro que las otras tribus de jóvenes los catalogan a su vez como tontos.

A la pregunta directa de cómo es la relación con sus padres, contestan que no tienen ningún problema por

¹² Para la realización de las entrevistas conté con la colaboración de la estudiante de Trabajo Social de la UNAM, Francisca Fernández Colín, octubre de 2008.



pertenecer al grupo, pero cuando se les pide que describan la relación, señalan que sus padres se molestan porque pasan demasiado tiempo con sus amigos, a los que consideran que no son gente de provecho, pues la mayoría no está estudiando y tampoco trabaja.

Los *darketos* indican que son mal vistos y que son criticados por sus familias, en especial por el padre, quien considera que la forma en que se visten es muy agresiva.

Los *emos* también tienen problemas con sus padres, ya que no están de acuerdo con la forma de ataviarse que han adoptado y menos aún con que las personas los señalen y los maltraten, lo que ha dado lugar a que algunos abandonen a su familia y se queden a vivir con sus amigos. A los *cholos* sus familiares les reclaman que por su forma de vestir parece que no se bañan. Pero en cuanto a las críticas de sus parientes respecto a la forma de su atuendo, la mayoría dice sentirse aceptado por ellos y en los casos en que no es así, no lo consideran como un motivo suficiente para dejar de pertenecer a la banda.

Es sintomático que todos los entrevistados, sin excepción, indicaron que tienen amigos en la tribu que son discriminados y rechazados por su grupo doméstico y que a varios de ellos los han corrido de su casa; sin embargo, el valor de la relación afectiva que guardan los entrevistados con su propia familia parece ser muy fuerte, ya que ninguno de ellos indicó que ha sido objeto del rechazo familiar, a pesar de que por la forma y la precisión en que se dio el relato era fácil advertir que estaban describiendo su propio caso y no el de algún compañero.

Todos manifiestan que se sienten bien por formar parte de la banda, pues están contentos y se dan cuenta de que son comprendidos, además de que les agrada la forma en que se visten y no les interesa lo que el resto de las personas, o lo que sus propios parientes opinen de ellos; consideran que la unión del grupo y la convivencia que se da entre ellos es lo que les da la fuerza para enfrentarse a las opiniones negativas que reciben.

No obstante, se sienten mal porque sus padres no están contentos con su pertenencia al grupo. Los que no viven con ellos dicen que los extrañan, pero a cambio sus amigos los hacen sentir bien; explican que el rechazo de sus padres se debe a que son adultos y por

lo tanto incomprensivos, que deberían de entenderlos porque también ellos fueron jóvenes y por tanto esperarían que tuvieran la capacidad de ponerse en su lugar, a fin de no sufrir su rechazo y discriminación.

Para comparar las relaciones que mantienen quienes forman parte de una tribu con las que tienen los jóvenes que se ocupan en el estudio, se entrevistaron a 50 alumnos: 25 de la preparatoria particular Universidad Insurgentes en el ámbito urbano de la delegación Álvaro Obregón, del Distrito Federal, y 25 de la preparatoria oficial anexa a la Normal de Chalco, en el ámbito semi-rural del Estado de México. Son 31 hombres y 19 mujeres. Sus edades fluctúan entre los 15 y 21 años y todos viven con su familia, ya sea en la misma delegación o municipio en que se encuentra la escuela.¹³

Casi la mitad de los interrogados dicen que siempre se sienten identificados con sus amigos, mientras que la otra mitad sólo en algunas ocasiones. En tanto que tres de ellos, de la preparatoria particular, casi nunca se identifican. La mayor parte de los entrevistados pasan su tiempo libre en su casa o en la escuela, sólo son siete los que lo hacen en la calle. Todos los entrevistados viven con su familia, ya sea nuclear, extensa o monoparental. A excepción de dos de ellos, los demás consideran que tienen una buena comunicación con su familia y la gran mayoría señala que sus padres, de manera frecuente, les demuestran los buenos sentimientos que tienen hacia ellos. Asimismo, la mayoría considera que siempre se pueden expresar libremente en su hogar; siete de ellos señalan que sólo en ocasiones lo pueden hacer y uno, de la preparatoria de Chalco, indica que nunca se lo permiten.

Todos los interrogados consideran que en ocasiones —ya sea en casa (sus padres) o en la escuela (sus maestros)— no los han tratado de la misma manera en que lo hacen sus hermanos o compañeros; o en la escuela se les ha impedido expresar con toda libertad sus opiniones. De la misma manera, sienten que sus profesores o compañeros antes de conocerlos los han prejuzgado. Casi un tercio de ellos manifiesta que en alguna oca-

¹³ Para la realización de las entrevistas conté con la colaboración de las estudiantes de Trabajo Social de la UNAM, Liliana Aguilar Belmont y Victoria Chávez Vázquez, en mayo de 2010.

sión les han puesto algún apodo que les parece indigno y que les ha causado malestar.

A más de la mitad los han criticado por su manera de vestir o por su apariencia física; es de llamar la atención que por este motivo se discrimina más a los estudiantes de la escuela pública que a los de la privada. Los lugares en los que han sido desacreditados son la escuela y los sitios públicos; sólo dos de los entrevistados consideran que el punto en donde reciben menos aceptación es en su propio hogar. De esta manera, el rechazo proviene de manera mayoritaria de sus propios compañeros de estudios. Asimismo, la mitad de ellos admitió que emite prejuicios antes de conocer a las personas y más de las dos terceras partes han puesto sobrenombres a alguien que les cae mal y lo hacen con base en su manera de vestir o en su apariencia física. La mayor frecuencia de quienes reciben dichos apodosos son sus compañeros y amigos, pero no quedan exentos de ellos los niños y adultos que conocen.

Conclusiones

Es claro que el periodo de la juventud lo comparten personas que participan un mismo rango de edad, sin embargo las situaciones en las que se encuentran, nos permite hablar de sectores con diferencias esenciales y que sin duda tienen que ver con la manera en cómo los jóvenes se relacionan con su familia, la escuela y el mundo laboral.

Además, el nivel de marginalidad que presentan se asocia de manera directa con el grado de apoyo que reciben de las tres instituciones mencionadas. De este modo, en el rango de mayor marginalidad están los jóvenes que desde su infancia se vieron privados del sostén de su familia; son los que se encuentran en situación de calle y con las condiciones de vida de mayor desventaja. Le siguen aquellos que aunque sí contaron con el apoyo de la familia, no pudieron mantenerse en la escuela hasta el punto de obtener alguna de las opciones terminales que el sistema escolar les brinda y por tanto sólo pueden ofrecer una fuerza de trabajo muy pobremente capacitada. En seguida se encuentran los que aunque recibieron el apoyo de su familia y la oportunidad de concluir sus estudios, no se han podi-



do integrar al mercado laboral en alguna opción que responda a la preparación alcanzada, y por último se tiene a los que con el respaldo de su familia, de sus estudios y de un trabajo remunerador han alcanzado la movilidad social que en teoría debería de abarcar a todas las personas que transitan por la etapa de la juventud.

A pesar de la representación que nuestra sociedad hace de los jóvenes y de la juventud —por medio de la cual les ha asignado tareas específicas a desarrollar—, se tiene que en la vida cotidiana no todos pueden cumplir con el papel que les señala el estereotipo elaborado, lo que da lugar tanto a la construcción de identidades diversas al interior del grupo de edad, como a la aplicación de estigmas para aquellos que se alejan del modelo aceptado.

Así, no nada más las personas que pertenecen a otros grupos de edad discriminan a los jóvenes, sino también —y de manera relevante— entre ellos mismos. Este rechazo se da con base en las características que exhiben sus diversos sectores y que al manifestar otro modelo de comportamiento para vivir la identidad juvenil, se les sitúa como a grupos que pueden ser menospreciados. Sin embargo, lo anterior significa la manera en que los jóvenes construyen, y al mismo tiempo se les otorga su “lugar” como actores sociales con una identidad propia.

En la sociedad actual, la marginación que sufren los jóvenes por las tres instituciones señaladas —familia, escuela y empresa— se compensa con la creación de redes de identificación y de apoyo entre aquellos que viven condiciones semejantes. Queda claro que los jóvenes no forman un grupo sólo por compartir una etapa de la existencia, sino por participar de condiciones de vida muy específicas y que su solidaridad no se extiende tampoco de manera automática entre todos ellos; es decir, su conciencia e identidad de grupo parten de sus condiciones específicas de integración respecto a las instituciones sociales, de las relaciones que establecen cara a cara y que no están determinadas sólo por pertenecer a un conjunto de edad similar.